

Ser niño en Palestina

Ferrán Sales

Mundoarabe.org, 234/01/2005

Son más de la mitad de la población palestina y no tienen futuro. Una infancia marcada por la guerra y los controles militares. Seiscientos niños han perdido la vida desde el comienzo de la Intifada (septiembre 2000) contra la ocupación israelí. Miles de ellos sufren sus consecuencias a diario. Ésta es la historia de esa generación perdida.

Nació en un checkpoint del Ejército israelí. La noche en que Dallal empezó a sentir los dolores del parto pidió a Mustafá que la llevara hasta la clínica. Una ambulancia pasó a recogerlos por su casa. Aunque desde la aldea de Jayus hasta la maternidad de Nablus hay sobre el mapa menos de una hora, nunca llegaron a su destino. Los soldados israelíes del puesto de Kafr Zeibad les impidieron el paso. La discusión empezó a hacerse interminable; Azzaf, la abuela, insultaba a los militares; sus tías Naal y Fátima lloraban desconsoladamente, y el padre trataba de razonar con el responsable del destacamento para que les dejara continuar su camino. El viento frío de enero y las voces se filtraban por todos los resquicios del furgón, mientras la enfermera y el chófer ayudaban a la madre a dar a luz. Así fue como Aya vino al mundo.

Este mes, la pequeña cumplirá dos años. Lo festejará comiéndose un pastel en los brazos de su padre, al tiempo que tratará de sacarse los zapatos nuevos de cuero negro, regalo de su madre. Sus pies diminutos no están aún acostumbrados a sentirse tan aprisionados. En el jardín, a la sombra del limonero, todos recordarán aquella noche azarosa, que pudo haber acabado en un drama. Las secuelas del parto en condiciones poco confortables lastrarán a la niña para el resto de su vida; padece problemas respiratorios y sufre síntomas periódicos de cansancio. El clan de los Shamasna trata de no lamentarse: “Hemos tenido suerte, nuestra hija está con vida. Lo peor ha pasado. Alá nos protege”.

No es un caso aislado. Desde que en el mes de septiembre de 2000 se iniciara la Intifada hasta el pasado mes de febrero, las estadísticas del Ministerio de Sanidad de la Autoridad Nacional Palestina han contabilizado 51 casos de nacimientos en checkpoints del Ejército israelí. Sólo 22 madres salvaron la vida de sus bebés. En los 29 casos restantes, los recién nacidos murieron a las pocas horas. Las organizaciones humanitarias internacionales han puesto en marcha un programa destinado a ayudar a las madres para que puedan dar a luz en sus casas y no tengan que aventurarse por esas carreteras de Cisjordania, constantemente interceptadas por controles. Antes de que estallara la revuelta, el 95% de los alumbramientos tenían lugar

en hospitales; ahora sólo lo hacen en la clínica un 50%. Nacer en Palestina se ha convertido en el primer acto de resistencia en la vida de un niño.

Los obstáculos creados por la ocupación israelí no parecen sin embargo afectar a la población palestina, que no ha dejado de crecer ni un solo instante. El 52,4% de los habitantes de Cisjordania y Gaza tienen menos de 17 años. Su incremento es de un 3,5% anual, y el de fertilidad, el 5,9% por pareja. Los índices de mortalidad infantil son de 25,2 cada mil nacimientos. Los demógrafos judíos contemplan aterrorizados el aumento irrefrenable del número de palestinos, que según ellos amenaza con romper lo que consideran el “punto de equilibrio” entre ambas sociedades.

Nacer en un ‘checkpoint’ no es simplemente un símbolo. Es además una forma de aprender desde el primer momento que las tropas israelíes estarán presentes en todos los actos de su vida. Esto es lo que sienten los niños de las aldeas de Tuba y Al Mukfara, al sureste de las colinas de Hebrón, al sur de Cisjordania. Todas las mañanas, los militares vienen hasta la puerta de su casa para acompañarlos hasta la escuela palestina de Al Tuwani. Un total de 21 muchachos, con edades comprendidas entre los 6 y los 12 años, caminan con las mochilas a la espalda emparedados entre los blindados. Lo hacen en silencio, como si tuvieran miedo de volverse a encontrar en cualquier recodo las milicias armadas de los colonos de los asentamientos cercanos de Maon y Havat Maon. El Ministerio de Defensa otorgó a estos pequeños una custodia militar, tras una agria polémica parlamentaria en la que se denunciaron las vejaciones que los colonos infligían a los alumnos a diario con la excusa de que pasaban por sus propiedades.

“Hasta finales del pasado mes de noviembre, un grupo de pacifistas, en su mayoría oriundos de Estados Unidos y de Italia, dábamos protección a los muchachos en el camino de ida y regreso a la escuela”, explica Joseph Carr, de 23 años, licenciado en historia, oriundo de Misuri, convertido desde hace un tiempo en representante del comando pacifista asentado en la aldea de Al Tuwani. Su principal misión es la de tutelar las idas y venidas de los niños, aun a costa de arriesgar su vida.

Antes de que los soldados se hicieran cargo de la custodia de los pequeños, los comandos colonos habían atacado en dos ocasiones a los alumnos. Los asaltantes, vestidos de negro y con el rostro tapado, blandiendo cadenas y palos, habían puesto en fuga a los menores y lesionado a sus acompañantes, tras saquearles la documentación y robarles su dinero. La queja de las víctimas, militantes de Christian Peacemaker Teams y de Amnistía Internacional, hizo enrojecer de vergüenza a los mandos del Ejército, que han asumido definitivamente la responsabilidad de proteger a este grupo de escolares palestinos.

Esta mañana, los 66 alumnos de la escuela pública de Al Tuwani –entre 150 y 250 habitantes– han despedido su jornada escolar cantando una y otra vez las primeras estrofas del poema Nuestro país. Desde la explanada que sirve de campo de fútbol se oyen con claridad las voces de los pequeños, repitiendo las estrofas de la poetisa Fadua Tukán. Los vehículos blindados del Ejército esperan impacientes más allá, en lo alto del camino, a que se apaguen los cánticos y el maestro ponga fin a la clase.

“Mi país es el paraíso. / Lo quiero con todo mi corazón”.

Sofía, de 12 años, vecina de Tubas, séptima hija de un campesino del clan de los Rabaid, ha sido la primera en salir de la clase. Capitanea un grupo reducido de cinco compañeros, que trotando se dirigen al encuentro de los militares. De manera disciplinada se han colocado en formación detrás de uno de los vehículos blindados. Han empezado a andar mientras un segundo todoterreno les custodia sus espaldas. Durante media hora caminarán por un sendero de piedras, que bordea un pinar y pasa junto a las casas blancas con teja roja del asentamiento. Hoy no ha habido ningún incidente.

–Sofía, ¿tú qué querrás ser cuando seas mayor?

–¿Yo? Maestra.

Ir a la escuela se ha convertido también para muchos niños palestinos en un acto de resistencia. En Cisjordania y Gaza apenas existe el analfabetismo; sólo un 8,1%, en su mayoría entre personas ancianas. En los territorios hay censadas un total de 2.109 escuelas a las que acuden 1.017.443 niños y en las que imparten sus enseñanzas 37.240 profesores. Todo esto es en teoría, porque desde que se inició la Intifada, los israelíes han cerrado durante cierto tiempo 850 escuelas, otras 8 las han convertido en cuarteles, 185 han sido parcialmente destruidas por los bombardeos y 11 han quedado demolidas. Un tercio de los niños en edad de escolarizar tienen a diario dificultades para llegar a sus clases, según asegura Unicef. Los índices de aprovechamiento de los alumnos han descendido drásticamente; por ejemplo, el número de estudiantes que suspenden los cursos de matemáticas ha pasado del 35% al 68%.

Los expertos en política educacional advierten alarmados que por primera vez en la historia de Palestina ha descendido la escolarización. Los primeros síntomas se detectaron en el curso 2002-2003, que coincide con la época más dura de las sanciones colectivas impuestas por el Ejército. Los índices de inscripción a la escuela bajan cada año un 1,5%, lo que representa que cada curso 15.000 jóvenes dejan de ir al colegio. La tendencia señala un continuo descenso que amenaza con quebrar uno de los pilares de la sociedad palestina: la enseñanza. En muchos casos son los padres quienes tienen miedo de enviar a sus hijos al colegio, entre otras razones porque las aulas han dejado de ser un lugar seguro y el camino a la escuela se ha convertido

en un sangriento laberinto.

Iman tenía 12 años. El pasado 5 de octubre se dirigía, como todas las mañanas, de su casa a la escuela, pero una espesa niebla la hizo equivocarse de camino. Sin saberlo, se dirigió hacia el puesto militar de vigilancia, situado en la frontera, entre el campo de refugiados de Rafah y Egipto. A pesar de que los soldados identificaron a la niña como una escolar por su bata a rayas característica de los centros de la UNRWA, el mando dio orden de disparar. La excusa fue que en la mochila podría llevar una bomba. Un destacamento al mando de un oficial se acercó hasta el punto en que la pequeña había caído herida. Según los primeros indicios, el capitán R., jefe de la laureada Brigada Givati, disparó a quemarropa sobre el cuerpo inmóvil, antes de regresar a su acuartelamiento. El número de impactos permiten aventurar que vació su cargador. Los soldados que le acompañaban denunciaron el incidente a la prensa de Tel Aviv. Las autoridades militares están investigando el caso.

“El cuerpo de mi hija tenía 21 agujeros de bala. Cuatro de ellos en la cabeza. El más indignante y criminal le atravesó el cráneo, de arriba abajo. Todos a corta distancia. Las fotos tomadas en el hospital lo dejan claro. No cabe ninguna disculpa. La mataron a sangre fría”, se lamenta Samir Darweesh al Hams, de 49 años, padre de la muchacha, profesor de lengua y literatura árabe en una escuela de Naciones Unidas.

La muerte de Iman ha sacudido a toda su familia, incluidos sus ocho hermanos. Era la menor. Los que la conocieron dicen que era alegre. Soñaba con convertirse un día en maestra, como su padre. Sobre su cama ha dejado sus últimos juguetes: una muñeca y un oso de peluche. En la mesa debían de estar abiertos los libros, su plumier y la caja de lápices de colores, que llevaba en el momento de su muerte dentro de la mochila. Los soldados lo destruyeron todo con una carga explosiva, creyendo que se trataba de una bomba. A la familia Al Hams le queda la esperanza de que el proceso judicial iniciado desde Jerusalén por la abogada israelí Leah Tsemel pueda acabar un día con una sentencia condenatoria contra el oficial autor de los disparos.

No sólo se muere en el camino del colegio. También se muere dentro de los muros de la escuela. Ghadeer Mujermar tenía 10 años cuando recibió el impacto de un proyectil israelí en el pecho. Estaba sentada en su pupitre en un centro de enseñanza primaria del campo de refugiados de Al Gharbi, en el término municipal de Jan Yunes, en la Franja de Gaza. Murió tres días más tarde en la unidad de cuidados intensivos del hospital de Shifa, en Gaza capital. La oficina de estadística de la UNRWA, que gestiona una quinta parte de las aulas palestinas, denunciaba el pasado mes de noviembre que en tan sólo dos semanas, tres de sus alumnos habían muerto en la escuela o saliendo de ella, y otros ocho habían resultado heridos en el

interior de las aulas. Durante el año 2004, la organización internacional ha documentado al menos 71 tiroteos israelíes contra sus establecimientos de enseñanza.

Los nombres de las escolares Iman Darweesh al Hams y Ghadeer Mujermar están ya para siempre en la lista de niños muertos en la segunda Intifada. Entre el 29 de septiembre de 2000 y el 30 de junio de 2004, casi 600 menores palestinos han fallecido en acciones bélicas del Ejército o en incursiones de los colonos. En esta cifra se incluyen los 51 menores que, de una manera supuestamente accidental, murieron en las operaciones de asesinatos selectivos perpetradas por los militares contra los activistas palestinos. Cerca de un tercio de los niños muertos en esta Intifada tenían menos de 13 años. El 52% de los muertos, por disparos de armas automáticas. El 64,4% fueron víctimas de ataques aéreos, terrestres o por el fuego indiscriminado de los militares, según asegura la organización no gubernamental Defence for Children International.

Mohamed Jamal al Durra fue el primero en morir en esta Intifada. Falleció un día después de que estallara la revuelta. Tenía 12 años. Todos los indicios aseguran que murió tiroteado por el Ejército, aunque los israelíes tratan de exculparse afirmando que fue víctima de un fuego cruzado. Las imágenes de su muerte, en brazos de su padre, filmadas por una cámara de la televisión francesa, fueron difundidas por todo el mundo y se convirtieron en una prueba más de los métodos desproporcionados utilizados por Israel para reprimir la revuelta palestina. Pero además, para el mundo árabe, su muerte es un símbolo. Muchas calles han sido bautizadas con su nombre, se han impreso sellos con su imagen e incluso compuesto canciones. En el campo de refugiados de Breij, en el centro de Gaza, todos conocen a los Durra.

“Nada puede compensar la muerte de un hijo. El único consuelo es haber engendrado después de su muerte otro niño, al que también hemos puesto el nombre de Mohamed; pronto cumplirá los dos años”, asegura Jamal al Durra, de 42 años, albañil en paro, padre de siete hijos. Las heridas provocadas por ocho impactos de bala durante el tiroteo en el que murió su hijo le han dejado un brazo y una pierna inútiles. No se avergüenza en confesar que vive de la ayuda internacional, incluidos los 10.000 dólares que en su día le envió desde Irak el presidente Sadam Husein.

Un mes después de la muerte de Mohamed Durra fallecía también en Gaza Fares Faiq Odeh. Con sólo 15 años se había convertido en otro símbolo de la Intifada. Su fotografía, tomada por un reportero de una agencia internacional, en la que se le veía de espaldas arrojando una piedra contra la mole inmensa de un tanque israelí, es una de las imágenes más emblemáticas de la revuelta. Moriría pocos días después de aquella foto, de un disparo en el cuello. Fares en

árabe significa caballero; odeh, regreso. Caballero del Retorno. Su sueño era convertirse en un combatiente.

“Cuando miro su foto me siento feliz. Pero también sé que no ha muerto y que continuará viviendo en mi nieto Fares; apenas tiene un año”, afirma la madre, Enam, de 44 años. Lidera una familia destrozada por el dolor y el infortunio. Tres de sus nueve hijos padecen enfermedades degenerativas. El dinero que han venido recibiendo a raíz de la muerte de su hijo ha servido para tratar de salvar la vida de sus tres hermanos enfermos. Los Odeh coinciden con los Durra en perpetuar dentro del clan el nombre de sus hijos muertos; no sólo hay un nuevo Mohamed, también hay otro Fares.

Pero también están los pequeños heridos. Las estadísticas aseguran que en los últimos cuatro años, 10.000 niños han resultado alcanzados en el transcurso de acciones bélicas israelíes. Un porcentaje muy elevado de estos menores han quedado lisiados para el resto de sus vidas. Éste es el caso de Ahmed Abuhader, que acaba de cumplir los 16 años. Está inválido de las dos piernas. Fue alcanzado por un misil israelí el pasado mes de septiembre en la operación Días de Penitencia. En el momento del impacto, el muchacho salía de la escuela y volvía a casa.

“Noté un golpe en la pierna. Pero continué corriendo hasta que un compañero me dijo que estaba sangrando. Miré hacia atrás; vi cómo la pierna se desgajaba de mi cuerpo. Caí al suelo. La otra pierna también la tengo inservible”, explica Ahmed, sentado en su silla de ruedas, en su casa del campo de refugiados de Jabalia, donde vive con sus padres y sus ocho hermanos. Las mismas restricciones fronterizas, que no dejan que su padre pueda ir a trabajar a Israel, no le permiten a Mohamed ir a un hospital en el extranjero donde puedan colocarle unas prótesis para poder caminar. Es consciente de que para el resto de su vida será un inválido. Pero ello no le impide soñar: quiere continuar sus estudios y llegar a ser médico.

La represión y las detenciones practicadas por el Ejército israelí están provocando también heridas profundas en los menores palestinos. Desde el inicio de la Intifada, alrededor de 2.500 niños han sido arrestados o detenidos. Las estadísticas de las organizaciones humanitarias aseguran que en el año 2001, el 95% de los niños detenidos fueron sometidos a “abusos físicos y psicológicos, e incluso a torturas”. Aunque no hay porcentajes recientes, todo lleva a pensar que el comportamiento de las tropas hacia los menores no ha cambiado. Los informes oficiales más recientes, del pasado mes de octubre, aseguran que 391 palestinos menores de 18 años están encarcelados en prisiones israelíes. El 50% de los menores detenidos no han podido recibir visitas de sus familiares. Las sentencias de los tribunales militares son rigurosas: uno de los menores ha sido condenado a perpetuidad; tres, a 15 años de cárcel, y otros cuatro, a penas que oscilan entre los 5 y los 9 años. El resto de los niños cumplen

condenas de 6 a 18 meses, en su mayor parte por arrojar piedras. No hay programado para ellos ningún tipo de actividad mientras permanecen en las cárceles. Pasan todo el día en las celdas sin hacer nada, salvo las dos horas, una por la mañana y otra por la tarde, en que se les permite salir al patio. Permanecen aislados del resto del mundo. Los aparatos de televisión y de radio están prohibidos, asegura el Ministerio de Detenidos palestino.

“Yo fui torturada. Tenía sólo 15 años cuando me detuvieron cerca de un control militar de la ciudad vieja de Hebrón, cuando me dirigía a la escuela. Me registraron la mochila y encontraron junto con los libros un cuchillo, que llevaba para un trabajo en el colegio. Me acusaron de planear matar a un colono. Estuve 16 días incomunicada en una celda en la central policial de Jerusalén. Durante horas me colgaron de la pared asida por las muñecas o en una cama de hierro. Al menos en dos ocasiones entraron en la celda, me abrieron la boca y me inyectaron con un spray gas, que me impedía respirar. Cuando todo esto se acabó, me trasladaron a la prisión de menores en Ramle, donde he estado durante dos años”. Fida Gannam acaba de cumplir los 18 años, se encuentra en libertad desde el pasado mes de enero. En la biografía de Fida hay un enorme paréntesis, como un agujero negro. En ocasiones se asoma hasta el brocal de su pozo y vuelve a sentir aquella profunda angustia, en la que creía ahogarse y que la llevaba inexorablemente a estallar en lágrimas. Le es imposible dejar de percibir aquel olor de suciedad que emanaba de la comida y que le impedía durante días probar bocado. Pero sobre todo no puede olvidar la soledad en la que vivió durante todo el tiempo en que estuvo encerrada. Ahora, lentamente, ha empezado a reconstruir su vida. Quiere ser abogada.

Fuente: EL PAIS SEMANAL .

http://www.mundoarabe.org/infancia_palestina.htm

Amnistía Internacional

ISRAEL, LOS TERRITORIOS OCUPADOS Y

LA AUTORIDAD PALESTINA

Matar el futuro: Niños en la línea de

fuego

Octubre de 2002 RESUMEN

Más de 250 niños palestinos y 72 niños israelíes han muerto de forma violenta desde el comienzo de la Intifada. Estos niños forman parte de los aproximadamente 1.700 palestinos y más de 580 israelíes, en su mayoría civiles, muertos a causa de la violencia desde el 29 de septiembre del 2000. Los niños cada vez se convierten con más frecuencia en víctimas del conflicto, ya que tanto la Fuerza de Defensa Israelí (FDI) como los grupos armados palestinos muestran un total desprecio por la vida de los niños y del resto de la población civil.

La mayoría de los niños palestinos han muerto a causa del uso excesivo y desproporcionado de medios letales por parte de la FDI contra manifestantes y personas que arrojaban piedras, y también a causa de los disparos, lanzamientos de granadas y bombardeos imprudentes llevados a cabo por dicha Fuerza en zonas residenciales. Algunos han muerto debido a que se encontraban cerca cuando Israel ejecutó extrajudicialmente a algún activista palestino, o fallecieron en la demolición de sus casas, y otros murieron porque la FDI les negó el acceso a cuidados médicos. Otros murieron a manos de colonos israelíes armados.

Los niños israelíes han muerto en ataques directos e indiscriminados, incluidos atentados suicidas con bombas o disparos efectuados por grupos armados o individuos palestinos tanto dentro de Israel como en los asentamientos israelíes de los Territorios Ocupados o en las carreteras que llevan a ellos.

El homicidio de niños, que se ha convertido en una práctica tan arraigada y generalizada durante los últimos dos años, se ha ido extendiendo, a lo largo de muchos años antes de la actual Intifada, en un contexto de impunidad para los responsables de estos delitos. En los dos últimos años, el problema de la impunidad ha adquirido una dimensión sin precedentes.

No hay constancia de que se haya llevado a cabo ninguna investigación judicial sobre las muertes de niños a manos de la FDI en los Territorios Ocupados, ni siquiera en los casos en los que las autoridades gubernamentales israelíes han manifestado públicamente que se llevaría a cabo una investigación, y tampoco se tiene conocimiento de que se haya llevado ante la justicia a ninguno de los miembros de la FDI responsables de estos delitos. La aseveración de las autoridades israelíes, que afirman que en una situación de conflicto armado no es necesario llevar a cabo investigaciones sobre los homicidios cometidos, contradice de lleno las obligaciones contraídas por Israel en virtud de los tratados internacionales de

derechos humanos que ha ratificado.

Por su parte, la Autoridad Palestina no ha tomado las medidas necesarias para impedir los ataques de grupos armados palestinos contra civiles israelíes y para llevar ante la justicia a los responsables de los homicidios de niños israelíes y otros civiles.

No cabe duda de que la impunidad de que han gozado hasta el momento tanto los miembros de la FDI y de otras fuerzas de seguridad israelíes como los miembros de grupos armados palestinos responsables del homicidio de tantos niños en los últimos dos años sólo ha contribuido a fomentar estas prácticas.

Este informe trata exclusivamente del homicidio de niños, el más grave e irreversible de los muchos abusos a los que han sido sometidos los niños palestinos e israelíes en los últimos dos años. Amnistía Internacional pide a las autoridades israelíes y palestinas que tomen sin demora medidas concretas y efectivas para impedir el homicidio de niños, garantizar que se lleven a cabo investigaciones exhaustivas, imparciales y públicas sobre todos los homicidios de niños, y poner a los responsables a disposición judicial. La organización reitera su llamamiento a los grupos armados palestinos para que pongan fin inmediatamente a los ataques contra niños y otros civiles, y renueva sus llamamientos a la comunidad internacional para que tome medidas concretas para enviar observadores internacionales a Israel y los Territorios Ocupados y para que trabaje enérgicamente para convencer al gobierno israelí de que acepte la presencia de tales observadores. Amnistía Internacional cree que, si se hubieran enviado observadores internacionales a la zona cuando tanto ella como otras organizaciones lo solicitaron por primera vez en octubre del 2000, su presencia podría haber salvado la vida de niños israelíes y palestinos y de otros civiles.

<http://web.amnesty.org/library/Index/ESLMDE020052002?open&of=ESL-390>